

hará cuenta de la amonestación hecha con apasionamiento. Esto vale por lo que mira al bien del prójimo; mas en lo que se refiere a nuestro aprovechamiento hagamos ver que amamos a Jesucristo, sobre llevando en paz y con alegría los malos tratamientos, las injurias y los desprecios.

### Afectos y súplicas

Despreciado Jesús mío, amor y alegría de mi alma, con vuestro ejemplo habéis vuelto a vuestros amados amables los desprecios. En adelante os prometo sufrir las afrentas por amor vuestro, ya que en esta tierra fuisteis tan escarnecido por amor mío. Dadme fuerza para cumplir lo prometido; dadme a conocer y obligadme a obrar todo cuanto de mí queréis.

Dios mío y mi todo, no quiero buscar más bien fuera de vos, que sois bien infinito. Vos, que tanto veláis por mi adelantamiento, haced que no tenga otro cuidado que el de agradaros. haced que todos mis pensamientos vayan encaminados a huir de cuanto pueda ofenderos e ir en seguimiento de cuan-  
to pueda agradaros. Alejad de mí toda ocasión que pueda desviarme de vuestro amor. Despójome de mi libertad y por entero la consagro a vuestro divino beneplácito.

Os amo, bondad infinita; os amo, amor mío. Verbo encarnado, os amo más que a mí mismo. Tened compasión de mí y curad cuantas llagas padece mi alma por los pecados con que os ofendí. Me abando-  
no por completo en vuestros brazos, Jesús mío; quie-  
ro ser del todo vuestro, quiero sufrirlo todo por vues-  
tro amor y no queiro de vos más que a vos mismo.

Virgen santa y Madre mía, María, os amo y en vos  
confío; socorredme con vuestra poderosa intercesión.

## CAPÍTULO XIII

### QUIEN AMA A JESUCRISTO, SÓLO QUIERE LO QUE QUIERE JESUCRISTO

La caridad va siempre unida con la verdad, por lo que, conociendo que Dios es el único y verdadero bien, aborrece la iniquidad, que se opone a la voluntad divina, y sólo se complace en lo que Dios quiere. De aquí procede que el alma amante de Dios se preocupa poco de lo que los demás digan de ella y sólo atiende a lo que es del agrado de Dios. Decía el Beato Enrique Susón: «Aquellos están verdaderamente con Dios que se esfuerzan por cumplir con la verdad y después no se cuidan de lo que de ellos digan los hombres o de cómo les traten».

Repetidas veces hemos dicho arriba que la suma de la santidad y de la perfección del alma consiste en renunciarse a sí mismo y abrazarse con la voluntad de Dios, y aquí lo vamos a exponer ahora más detalladamente.

#### I. Necesidad de conformarse con la voluntad de Dios

Si queremos hacernos santos, nuestro único deseo ha de ser renunciar a la voluntad propia para abrazarnos con la de Dios, porque la medula de todos los

preceptos y consejos divinos estriba en hacer y padecer cuanto Dios quiere y como lo quiere. Roguemos, por tanto, al Señor que nos dé santa libertad de espíritu, libertad que nos hará abrazar cuanto agrada a Jesucristo, a pesar de las repugnancias del amor propio o del respeto humano. El amor de Jesucristo pone a sus amantes en una total indiferencia, siendo para ellos todo igual, lo dulce como lo amargo; nada quieren de lo que les agrada a sí mismos, y quieren cuanto agrada a Dios; con la misma paz se dan a las cosas grandes que a las pequeñas e igualmente reciben las cosas gratas que las ingratis; bástales agradar a Dios en todo.

Dice San Agustín: «Ama y haz lo que quieras»; ama a Dios y haz lo que quieras. Quien ama a Dios en verdad no anda tras otros gustos que los de Dios, y en esto solo halla su contentamiento, en dar gusto a Dios. Santa Teresa escribía: «¡Oh Señor, que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en vos, que, si no mirásemos otra cosa sino el camino, presto llegaríamos; mas damos mil caídas y tropiezos y erramos el camino por no poner los ojos, como digo, en el verdadero camino». He aquí, por tanto, cuál ha de ser el único fin de todos nuestros pensamientos, de las obras, de los deseos y de nuestras oraciones: el gusto de Dios; éste es el camino que ha de conducirnos a la perfección: ir siempre en pos de la voluntad de Dios.

Dios quiere que le amemos con todo nuestro corazón: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón*. Aquella alma ama a Dios con todo su corazón que repite sinceramente con el Apóstol: *Señor, ¿quéquieres que yo haga?* Señor, dadme a conocer que queréis de mí, que dispuesto estoy a hacer lo que Dios quie-

re, entonces queremos nuestro mayor bien, pues Dios a la verdad que no quiere sino nuestro verdadero bien. Decía San Vicente de Paúl: «La conformidad con el divino querer es el tesoro del cristiano y el remedio de todos nuestros males, porque implica la abnegación de sí mismo y la unión con Dios y todas las virtudes». La suma de toda la perfección está encerrada en estas palabras: *Señor, ¿qué queréis que yo haga?* Nos promete Jesucristo que *no perecerá un cabello de nuestra cabeza*; es decir, que el Señor nos remunera cualquier buen pensamiento que por darle gusto hayamos tenido y no deja sin recompensa cualquier tribulación que con paz y alegría hayamos sobrellevado para conformarnos con su santa voluntad. Escribió Santa Teresa: «*Bienaventurados trabajos, que aun acá en la vida tan sobradamente se pagan!*».

Mas nuestra conformidad con el divino querer ha de ser entera y sin reserva, constante e irrevocable; que en esto, repito, se cifra toda la perfección y a esto deben encaminarse todas nuestras obras, todos nuestros deseos y todas nuestras oraciones. Algunas almas dadas a la oración, al leer los éxtasis y raptos de Santa Teresa de Jesús, de San Felipe Neri y de otros santos, entran en deseos de tener y disfrutar esta unión sobrenatural. Estos deseos hemos de desecharlos, por contrarios a la humildad; si queremos santificarnos, debemos desear la verdadera unión con Dios, que consiste en unir totalmente nuestra voluntad con la suya. «En lo que está la suma de la perfección —dice Santa Teresa—, claro está que no es en regalos interiores ni en grandes arrobamientos ni visiones, ni en espíritu de profecía, sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos

con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo sabroso como lo amargo, entendiendo que lo quiere Su Majestad... Esta es la unión que yo deseo y querría en todas». Y poco más adelante prosigue: «¡Oh, qué de ellos habrá que digamos esto, y nos parezca que no queremos otra cosa, y moriríamos por esta verdad!» La verdad es que muchos decimos: Os doy, Señor, mi voluntad; no quiero sino lo que vos queréis, y, sin embargo, al sobrevenir cualquier contariedad, no sabemos resignarnos a la voluntad divina. De aquí procede el lamentarse de tener mala suerte, lamentarse de que todas las desgracias caen sobre nosotros y, por tanto, vivir vida desgraciada.

Si estuviéramos unidos con la voluntad de Dios en todas las adversidades, ciertamente que nos santificariámos y seríamos los más felices del mundo. Esforcémonos, pues, cuanto podamos, por tener nuestra voluntad unida con la de Dios en todas las cosas que nos sucedan, sean gratas o ingratis. El Espíritu Santo nos amonesta: *No albeldes a todo aire*. A algunos les pasa lo que a la veleta, que gira según el viento; si el viento es bonancible, según sus deseos, ahí los tenéis alegres y suaves; pero, si sopla el regaño y las cosas no van como la seda, ahí los tenéis tristes e impacientes, y de ahí que no se santifiquen, sino que vivan vida desgraciada, porque en la tierra son más frecuentes las cosas adversas que las favorables. San Doroteo enseñaba que el gran medio de conservarse en continua paz y tranquilidad de corazón es el recibirlo todo de manos de Dios, venga como viniere; por lo que cuenta el Santo que los antiguos Padres del yermo nunca andaban airados ni melancólicos, porque todo lo que les acaecía tomábanlo alegremente, como venido de las manos de Dios.

¡Feliz quien vive enteramente unido y abandonado al divino querer! Ni la prosperidad le ensalza ni la adversidad le abate, porque tiene entendido que todo viene de Dios. Unica regla de su querer es el querer del Señor, por lo que sólo hace lo que Dios quiere y sólo quiere lo que quiere Dios; no se afana por emprender muchas cosas, sino por ejecutar perfectamente las que cree ser del agrado divino. De ahí que no haga por emprender muchas cosas, sino por ejecutar perfectamente las que cree ser del agrado divino. De ahí que haga primero pasar las insignificantes obras de su estado antes que las acciones brillantes y gloriosas, pues está convencido de que en éstas puede intervenir el amor propio, al paso que en aquéllas ciertamente se encuentra la voluntad de Dios.

Seremos, pues, felices, si recibimos de Dios cuan-  
to sea servido, conforme siempre nuestra voluntad  
con la suya, sin andar mirando si está acorde o no  
con nuestro gusto. Decía la M. De Chantal: «¿Cuán-  
do gustaremos las dulzuras de la voluntad divina en  
todo cuanto nos suceda, sin mirar más que al bene-  
plácito divino, que con igual amor y para nuestro  
mayor provecho nos envía prosperidades y adversi-  
dades? ¿Cuándo nos arrojaremos en los brazos de  
nuestro amantísimo Padre celestial, dejándole el cui-  
dado de nuestra persona e intereses, reservándonos  
solamente el deseo de agradarle?» De San Vicente de  
Paúl decían sus amigos: «Vicente siempre es Vicen-  
te», queriendo con ello indicar que en todo suceso,  
próspero o adverso, siempre se le encontraba con el  
rostro sereno, siempre igual a sí mismo, porque,  
abandonándolo todo en manos de Dios, nada temía y  
no apetecía más que lo que fuese del agrado de Dios.

Santa Teresa escribe: «Aquella libertad de espíritu tan preciada y deseada que tienen los perfectos, adonde se halla toda la felicidad que en esta vida se puede desear; porque, no queriendo nada, lo poseen todo».

Muchos, por el contrario, se forjan la santidad conforme a sus inclinaciones: el meláncolico anhela por la soledad; el dinámico, por la predicación y negocios de paces; el duro, por ejercitarse en penitencias y maceraciones; el generoso, por la limosna; unos se dan al ejercicio de variadas oraciones vocales; otros, a la visita de santuarios, y todos creen que en ello consiste la santidad. Las obras externas son fruto del amor a Jesucristo, pero el verdadero amor consiste en conformarse en todo con la voluntad de Dios y, por consiguiente, en renunciarse a sí mismo y buscar lo que es más agradable a Dios, porque El así lo merece.

Otros quieren servir a Dios, pero en tal empleo, en tal lugar, con determinados compañeros o en otras circunstancias semejantes; de no ser así, dejan de obrar o lo hacen de mala gana. Estos tales no son libres de espíritu, sino esclavos del amor propio, y, por eso, poco mérito alcanzarán en cuanto hagan; al contrario, siempre viven inquietos, porque, aferrados a la propia voluntad, sentirán pesado el yugo de Jesucristo. Los verdaderos amantes de Jesucristo sólo buscan lo que a El agrada, y cuando lo quiera, y donde lo quiera, y en el modo que lo quiera: sea empleándolos en ocupaciones honrosas, sea en menesteres ordinarios y humildes; sea en vida de brillo o en vida obscura y menospreciada. Esto exige el puro amor de Jesucristo y en esto debiéramos ejercitarnos, combatiendo contra los apetitos del amor propio,

que quisiera vernos ocupados en aquellos ministerios solamente que traen honra consigo o son de nuestras inclinaciones. Mas ¿qué importa ser el más honrado del mundo, el más rico y el más grande, contra la voluntad de Dios? Decía el Beato Enrique Susón: «Prefiero ser el más vil gusanillo de la tierra por voluntad de Dios que serafín del cielo por propia voluntad». Dice Jesucristo: *Muchos me dirán en aquel día «Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre obramos muchos prodigios?»; y el Señor les responderá: Nunca jamás os conocí; apartaos de mí los que obráis la iniquidad.* Apartaos, pues no os reconozco por discípulos míos, ya que antes quisisteis seguir vuestrlos apetitos que mi voluntad. Y esto se aplica especialmente a aquellos sacerdotes que se fatigan en el perfeccionamiento y salvación de los demás y ellos siguen viviendo estancados en sus imperfecciones.

La perfección consiste: 1.º, en verdadero desprecio de sí mismo; 2.º, en total mortificación de los malos apetitos; 3.º, en la perfecta conformidad con la voluntad de Dios; quien se vea falto de una de estas tres virtudes está fuera del camino de la perfección. Por eso decía un gran siervo de Dios que más valía en nuestras acciones tener por fin la voluntad de Dios que la gloria de Dios, porque, cumpliendo con la voluntad de Dios, también procuramos su gloria, al paso que, si nos proponemos la gloria de Dios, nos podemos engañar, a las veces, haciendo nuestra voluntad con pretexto de hacer la de Dios. Escribe San Francisco de Sales: «Muchos dicen al Señor: *Me consagro a vos sin reserva*, y pocos son los que se abrazan con la práctica de este entregamiento, que no es otra cosa que la perfecta indiferencia en aceptar

todo lo que nos acontece, como nos vaya aconteciendo, según el orden de la divina Providencia, ya sean aflicciones o ya consuelos, desprecios y baldones, como honores y gloria».

El verdadero amador de Jesucristo se conoce en el padecer y abrazarse alegremente con lo desagradable y contrario al amor propio. Decía Tomás de Kempis que no puede llamarse digno amador quien no está aparejado a sufrirlo todo y seguir en todo la voluntad del amado. Y, por el contrario, el P. Baltasar Alvarez decía que «las penalidades son postas con que se recorren los trechos que hay de las almas a Dios». Y yo añado que no podemos tener testimonio más ejerto de que damos gusto a Dios que abrazar alegremente las cruces que El nos envíare. Agradece el Señor que le agradecemos los beneficios que nos dispensa en esta vida, mas, en sentir del Santo P. Juan de Avila, «más vale en las adversidades un gracias a Dios que seis mil gracias en la prosperidad».

Adviértase aquí que no sólo debemos recibir con resignación los padecimientos que directamente provengan de la mano de Dios, como enfermedades, poco talento, pérdida casual de la hacienda, sino también los que indirectamente provienen de El, y de los hombres directamente, como persecuciones, hurtos, injurias, pues en realidad todo proviene de Dios. Cierto día David fué injuriado por un vasallo llamado Semeí, quien le maltrató no sólo de palabra, sino a pedradas. Hubo quien le quería decapitar, pero David respondió al temerario: *Dejadle que insulte, porque Yahveh se lo ha indicado*. Como si dijera: Dejadle decir, pues el Señor le ordenó que me maldijera: Dios se vale de Semeí para castigo de mis pecados y por eso permite que así me injurie.

De ahí que Santa María Magdalena de Pazzi dijese que debemos enderezar todas nuestras oraciones a recabar de Dios la gracia de seguir en todo su santa voluntad. Almas hay que, engolosinadas con los gustos espirituales de la oración, van tan sólo en seguimiento de gustos y ternuras en que deleitarse; mas las esforzadas, que arden en deseos de ser todas de Dios, no piden sino luces para entender su santa voluntad y fortaleza para cumplirla perfectamente. —Para alcanzar la perfección del amor es necesario someter en todo nuestra voluntad a la de Dios. «No creáis —decía San Francisco de Sales— haber llegado a la pureza que habéis de ofrecerle, mientras no sea vuestra voluntad del todo suya, aun en las cosas más repugnantes, y todo ello alegremente». «No puede menos —son palabras de Santa Teresa—, si va con la determinación que ha de ir, de traer al Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza y transformarnos en sí, y hacer una unión del Creador con la criatura». Sin embargo, nadie logrará alcanzar esto sino mediante la oración mental y continuas súplicas a la divina Majestad, con eficaz deseo de pertenecer completamente a Jesucristo, sin reserva alguna.

¡Oh Corazón amabilísimo de mi Salvador, Corazón enamorado de los hombres, cuando tan tiernamente los amáis; Corazón, en suma, digno de reinar y poseer nuestro corazón, ojalá que pudiera yo hacer que todos los hombres comprendieran el amor que les profesáis y las finezas que reserváis para las almas que os aman sin reserva! Por favor, dignaos, Jesús mío, aceptar la ofrenda y el sacrificio que os hago de mi voluntad; dadme a conocer lo que de mí queréis, que quiero ejecutarlo todo con vuestra gracia.

## II. De la obediencia

Mas, para saber y acertar en lo que Dios pide de nosotros, ¿cuál será el medio más seguro? No lo hay más seguro y cierto que la obediencia a los superiores y director espiritual. Decía San Francisco de Sales: «Jamás se cumple mejor con la voluntad de Dios que obedeciendo a los superiores». Ya el Espíritu Santo había dicho: La obediencia vale más que el sacrificio. Más agrada a Dios el sacrificio que le hacemos de la propia voluntad, sujetándola a la obediencia, que todos los demás sacrificios que pudiéramos ofrecerle, porque en ellos (limosnas, abstinencias, maceraciones y cosas por el estilo) le damos parte tan sólo, en tanto que dándole la voluntad lo damos todo. De ahí que, al decir a Dios: «Señor, dadme a entender por medio de la obediencia lo que de mi queréis, que presto estoy a ejecutarlo todo», ya no nos queda más que ofrecerle.

Quien se ha puesto bajo la obediencia tiene que desprenderse en todo del propio juicio. «Que cada uno tenga opiniones particulares no es contrario a la perfección -enseñaba San Francisco de Sales-; lo que se opone a la virtud es el estar aferrado a ellas». y ¡cuán difícil es desprenderse de este apego al propio parecer! De ahí que sean tan contadas las almas que se consagren por completo a Dios, porque son pocas las que se someten a la obediencia. La santa M. Juana de Chantal, cierto día de recreo, dijo a sus hijas que emplearan el día en lo que quisieran, y al empezar la tarde fueron todas a suplicar a la superiora, con vivas instancias, que en adelante no volviera a concederles tal permiso, porque un día más

fastidioso que aquel que habían vivido fuera de obediencia, jamás lo habían vivido.

Se engañan quienes piensan que puede hacerse cosa de más provecho que la que impone la obediencia. Dice San Francisco de Sales: «Descuidar un empleo mandado por la obediencia, para unirse con Dios en la oración, lectura o recogimiento, no sería más que separarse de Dios para unirse con el amor propio». A lo cual hay que añadir lo que Santa Teresa, que quien ejecuta cualquier acción, aun sobrenatural, pero contra obediencia, obra instigado por el demonio y no por inspiración divina, como tal vez imagine, porque asegura la Santa que «de un alma que está ya determinada a amaros y dejada en vuestras manos, no queréis otra cosa sino que obedezca y se informe bien de lo que es más servicio vuestro». «Vale más una obra hecha por obediencia —dice el P. Rodríguez que cualquier otra cosa que nos pudiéramos imaginar». Más meritorio es levantar una paja del suelo por obediencia que hacer larga oración por voluntad propia y disciplinarse hasta derramar sangre. Por esto decía Santa María Magdalena de Pazzi que prefería estar empleada en un ejercicio de obediencia que en oración, porque «obedeciendo —decía— estoy segura de ejecutar la voluntad de Dios, mas no lo estoy tanto si me meto en otro ejercicio». Y, según todos los maestros de espíritu, preferible es dejar cualquier ejercicio devoto por obediencia que hacerlo sin obediencia. Reveló María Santísima a Santa Brígida que el que por obediencia sacrifica una mortificación que deseaba hacer dobla la ganancia, ya que obtiene el mérito de la mortificación que deseaba hacer y, además, el mérito de la obediencia por la cual dejó de mortificarse. Cierto día el célebre P.

Francisco Arias fué a visitar a su gran amigo el Santo P. Juan de Avila y lo halló triste y pensativo: interesóse por el motivo, y el Santo le respondió así: «¡Dichosos y felices vosotros, que vivís debajo de obediencia y estás siempre seguros de obrar conforme a la voluntad de Dios! En cuanto a mí. ¿quién me dará prendas seguras de que agrado más a Dios discurriendo por los pueblos y ciudades para instruir a los pobres y abandonados o esténdome sentado en el confesonario en espera de los que vienen?» Mas quienes viven bajo obediencia están seguros de que cuanto hacen por obedecer es todo según la voluntad de Dios, que es lo que más agrada. Sirva esto de consuelo de cuantos profesan obediencia.

Para que la obediencia sea perfecta, se ha de someter el juicio y la voluntad. Obedecer *con la voluntad* equivale a decir obedecer de buena voluntad y no a la fuerza, como los esclavos. Obedecer *con el juicio* equivale a conformar nuestro juicio con el del superior, sin ponernos a examinar lo que se nos ha mandado y por qué se nos mandó. De aquí que dijera Santa María Magdalena de Pazzi que «la perfecta obediencia pide un alma sin juicio». De igual modo, decía San Felipe Neri que para obedecer bien no basta con ejecutar lo que se ha ordenado, sino que se debe hacer sin reflexión, teniendo por cosa cierta que lo que nos manda la obediencia es para nosotros lo más perfecto que podemos llevar a cabo, aun cuando lo contrario fuese más perfecto delante de Dios.

Y esto vale no sólo para los religiosos, sino también para los seglares que viven sometidos a la obediencia del director espiritual, a quien deben acudir para que les señale las reglas que han de seguir en sus asuntos espirituales o materiales; de este modo

estarán seguros de hacer lo mejor en todo. Decía San Felipe Neri: «Quienes desean adelantar en los caminos de la virtud se sometan a un experimentado confesor a quien obedecer en nombre de Dios. Quien así hace, esté seguro de no tener que dar cuenta a Dios de lo que haga». Y más adelante decía: «Téngase fe en el confesor, porque no consentirá el Señor que yerre y se equivoque, pues no hay cosa mejor, para escapar a los lazos del demonio, que someter, aun en buenas cosas, nuestra voluntad a la de otro; así como tampoco hay cosa más peligrosa que pretender regirse por el propio parecer».

Hablando San Francisco de Sales de la dirección espiritual, para andar seguro por los caminos de Dios, dice: «Este es el principal de los documentos. Aun cuando andéis buscándolo, no lo encontraréis mejor –dice el devoto Avila–, pues no daréis con otro camino tan cierto y seguro para hallar la voluntad de Dios como este de la humilde obediencia, tan aconsejado y practicado por todos los antiguos ascetas». Lo mismo dicen San Bernardo, San Bernardino de Siena, San Antonino, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Juan Gersón y todos los teólogos y maestros de espíritu. Y levantar dudas contra esta verdad es, según San Juan de la cruz, como dudar de la fe. De aquí que entre las máximas de San Francisco de Sales se hallen estas dos, que son de grande consuelo para las almas escrupulosas: «Nunca se ha perdido el verdadero obediente. Bástanos saber del director espiritual que vamos por buen camino, aunque ignoremos cómo vamos».

Enseñan varios doctores, tales como Gersón, San Antonino, Cayetano, Sánchez, Bonacina, Córdoba, Castropalao, los Salmanticenses y otros, que los es-

crupulosos están obligados con grave obligación a obrar contra los escrúpulos cuando hay fundados temores de que tales escrúpulos acarreen grave perjuicio al alma y hasta al cuerpo, como sería perder la salud o el juicio, razón por la cual los escrupulosos están más obligados a poner mayor escrupuloso en la obediencia al confesor que en obrar contra los escrúpulos.

He aquí, pues, en conclusión, una suma de toda la perfección y vida devota: 1.º, negarse a sí mismo; 2.º, obedecer a la voluntad de Dios; 3.º, pedirle que nos dé fuerzas para ejecutar lo uno y lo otro.

### Afectos y súplicas

*¿Quién, sino tú, hay para mí en los cielos? Y si contigo estoy, la tierra no me agrada.* Amado Redentor mío, amabilidad infinita, ya que bajasteis del cielo para daros todo a mí, ¿qué otra cosa puedo yo buscar en el cielo o en la tierra fuera de vos, que sois el sumo bien, el único bien digno de ser amado? Vos, Señor, que sois el único dueño de mi corazón, poseedlo completamente, y que mi alma a sólo vos ame, a vos sólo obedezca y trate de agradar. Gócense otros con las riquezas de este mundo, que yo sólo a vos quiero. pues vos sois y seréis mi riqueza en esta y en la otra vida. Os entrego, por tanto, Jesús mío, mi corazón y toda mi voluntad. Ciento que en lo pasado se rebeló contra vos, mas ahora os la consagro completamente. *Señor, ¿qué quieres que yo haga?* Decidme lo que queréis de mí y ayudadme, pues quiero hacerlo todo. Disponed de mí y de mis cosas como os agrade, que todo lo acepto y en todo me someto a vos.

¡Oh amor, digno de amor infinito!, vos me amáteis hasta morir por mí, y yo os amo con todo mi corazón, os amo más que a mí mismo y en vuestras manos encomiendo el alma mía. Renuncio a todo afecto mundano; quiero desprenderme de todo lo terreno y me consagro completamente a vos; aceptadme por los méritos de vuestra pasión y haced que os sea fiel hasta la muerte. Jesús mío, Jesús mío, quiero vivir para vos en adelante y no quiero amar nada fuera de vos ni buscar más que ejecutar vuestra voluntad. Asistidme con vuestra gracia.

María, esperanza mía, ayudadme con vuestra protección.

## CAPÍTULO XIV

QUIEN AMA A JESUCRISTO, TODO LO SUFRE POR  
JESUCRISTO, ESPECIALMENTE LAS ENFERMEDADES,  
LA POBREZA Y LOS DESPERDICIOS

*Caritas omnia suffert.*

La caridad todo lo disimula.

Hemos hablado en el capítulo 5 de la virtud de la paciencia en general. En éste trataremos de modo particular de algunas cosas en que conviene ejercitarse especialmente la paciencia.

Decía el P. Baltasar Alvarez que no pensase el cristiano haber hecho nada de provecho hasta llegar a tener en el corazón como grabados los dolores, la pobreza y los desprecios de Jesucristo, para sobrellevar con amorosa paciencia todo dolor, pobreza y desprecio por amor a Jesucristo.

Hablemos en primer lugar de los dolores y de las enfermedades corporales, los cuales, soportados pacientemente, nos granjearán una corona de merecimientos.

### I. De la paciencia en las enfermedades

Decía San Vicente de Paúl: «Si conociésemos el precioso tesoro encerrado en las enfermedades, las

recibiríamos con aquella alegría con que se reciben los más insignes beneficios». Por lo cual, hallándose el Santo trabajado continuamente por tantas enfermedades, que a menudo no le dejaban reposo ni de día ni de noche, lo soportaba todo con tal paz y serenidad de rostro, sin la más mínima queja, que se diría no padecía mal alguno. ¡Ah, y cómo edifica el enfermo que sufre la enfermedad con el rostro sereno de un San Francisco de Sales, el cual en sus enfermedades se limitaba a exponer sencillamente al médico su mal, tomaba con escrupulosa exactitud los remedios que le recetaba, por desabridos que fuesen, y luego quedaba en paz, sin lamentarse de lo que padecía! ¡De cuán diversa manera obran los imperfectos, que, por cualquier malecillo que padecen, andan siempre lamentándose con todos y quisieran que todos, familiares y amigos, los rodearan compadeciéndo sus males! Santa Teresa exhortaba así a sus religiosas: «Sabed sufrir un poquito por amor de Dios, sin que lo sepan todos». El venerable P. Luis de la Puente fué en un viernes santo regalado por Jesucristo con tantos dolores corporales, que no había en su cuerpo parte libre de particular tormento; contó a un su amigo este padecimiento, pero luego se arrepintió, de tal modo que hizo voto de no declarar a nadie lo que en adelante padeciese.

Dije que el Señor *le regaló*, porque los santos estimaban como regalos las enfermedades y dolores que el Señor les enviaba. Certo día San Francisco de Asís se hallaba en cama, acabado de dolores, y un compañero que le asistía le dijo: «Padre, ruegue a Dios que le alivie este trabajo y que no cargue tanto la mano sobre vos». Al oír esto, lanzóse prontamente el Santo de la cama y, arrodillado en tierra, se puso a dar gra-

cias a Dios de aquellos dolores, y, vuelto al compañero, le dijo: «Sépa, hermano, que, si no supiese yo que había hablado por sencillez, no quisiera volverlo a ver».

Enfermo habrá que diga: —A mí no me desagrada tanto padecer cuanto verme imposibilitado de ir a la iglesia para practicar mis devociones, comulgar y oír la misa; no puedo celebrar, ni siquiera puedo hacer oración, por los dolores y desvanecimientos de cabeza. —Pero, por favor, dígame: y ¿para qué quiere ir a la iglesia o al coro? ¿Para qué ir a comulgar, a celebrar o a oír la misa? ¿Para agradar a Dios? Pero si ahora no le agrada a Dios que rece el oficio, que comulgue ni que oiga misa, sino que lleve con paciencia en el lecho las penalidades de la enfermedad... Si esta mi respuesta no es de su agrado, es señal de que no busca lo que a Dios agrada, sino lo suyo. El Santo P. Maestro Avila, escribiendo a un sacerdote que se quejaba de este modo, le dice «No tan teéis lo que hiciéredes estando sano, mas cuánto agradaréis al Señor con contentaros con estar enfermo. Y si buscáis, como creo que buscáis, la voluntad de Dios puramente, ¿qué más se os da estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien?»

Decís que no podéis hacer oración porque anda desconcertada la cabeza. Concedido: no podéis meditar, pero ¿y no podéis hacer actos de conformidad con la voluntad de Dios? Pues sabed que, si os ejercitáis en tales actos, tenéis la mejor oración que podéis tener, abrazando con amor los dolores que os afligen. Así lo haía San Vicente de Paúl: cuando estaba gravemente enfermo, se ponía suavemente en la presencia de Dios, sin violentarse en aplicar el pensamiento

en un punto particular, y se ejercitaba de cuando en cuando en algún acto de amor, de confianza, de acción de gracias y, más a menudo, de resignación, mayormente cuando con más fiereza le asaltaban los dolores. San Francisco de Sales decía que «las tribulaciones, consideradas en sí mismas, son espantosas; pero, consideradas como voluntad de Dios, son amables y deleitosas». ¿Que no podéis hacer oración? Y ¿qué mejor oración que repetir las miradas al crucifijo, ofreciéndole los trabajos que sufrís y uniendo lo poco que padecéis a los inmensos dolores padecidos por Jesucristo en la cruz?

Hallándose en cama cierta virtuosa señora, víctima de graves dolencias, una criada le puso en manos el crucifijo, diciéndole que rogase a Dios la librarse de aquellos dolores; a lo que respondió la enferma: «Pero ¿cómo me pides ruegue a Dios que me baje de la cruz, teniéndole crucificado en mis manos? Libreme Dios de ello, pues quiero padecer por el que padeció por mí dolores mayores que los míos». Que fué lo que el mismo Señor dijo a Santa Teresa, hallándose apretada de grave enfermedad, apareciéndosele todo llagado: «Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores». Por lo que la Santa solía decir después cuando le aquejaba cualquier enfermedad: «¡Oh Señor mío!, cuando pienso por qué de maneras padecistes y cómo por ninguna lo mereciades, no sé qué me diga de mí ni dónde tuve el seso cuando no deseaba padecer, ni a dónde estoy cuando me disculpo». Santa Liduvina estuvo treinta y ocho años en continuos padecimientos de fiebres, gota, inflamación de la garganta y llagas por todo el cuerpo; pero, teniendo siempre ante la vista los dolores de Jesucristo, veíasela en cama alegre y jovial. Cuéntase también

de San José de Leonisa que, teniendo el cirujano que hacerle una dolorosa operación, ordenó lo ataran para evitar los movimientos por efecto del dolor, y el Santo, tomando en manos el crucifijo, exclamó: «¡Para qué esas cuerdas y para qué esas ataduras? Este es quien me hará soportar pacientemente todo dolor por amor suyo»; y así sufrió la operación sin proferir una queja. El mártir San Jonás, condenado a permanecer durante una noche dentro de un estanque helado, dijo por la mañana que nunca había pasado una noche tan tranquila como aquélla, porque se había representado a Jesucristo pendiente de la cruz, y así sus dolores, en comparación con los de Cristo, se le habían hecho más bien regalos que tormentos.

¡Cuántos méritos se pueden alcanzar con sólo sufrir pacientemente las enfermedades! Fuéle dado al P. Baltasar Alvarez ver la gloria que Dios tenía preparada para cierta religiosa ferviente que había sufrido con paciencia ejemplarísima la enfermedad, y decía que más había merecido aquella religiosa en ocho meses de enfermedad que otras de vida ejemplar en muchos años. Sufriendo con paciencia los dolores de nuestras enfermedades se compone en gran parte, quizás la mayor, la corona que Dios nos tiene dispuesta en el paraíso. Esto precisamente se le reveló a Santa Liduvina, quien, después de haber sobrellevado tantas y tan dolorosas enfermedades como arriba se apuntó, deseaba morir mártir por Jesucristo, cuando cierto día que suspiraba por tal martirio vió una hermosa corona, pero no acabada aún, y oyó que se preparaba para ella, por lo que la Santa, deseosa de que se acabara, pidió al Señor y envióle unos soldados, que la maltrataron no sólo de palabra, sino

apaleándola. Acto continuo apareciósele un ángel con la corona ya acabada y le dijo que aquellos último tormentos había terminado de engastar las perlas que faltaban, y poco después murió.

## II. De la paciencia en la pobreza

Es menester, en segundo lugar, ejercitar la paciencia cuando nos faltan los bienes temporales. Decía San Agustín: «Quien no tiene a Dios, no tiene nada, y quien a Dios tiene, lo tiene todo». Quien posee a Dios y está unido a su voluntad, halla en Dios toda suerte de bienes. Ved a un San Francisco, descalzo, vestido de saco y pobre en todo, que, al decir: «Mi Dios y mi todo» se siente más rico que todos los monarcas de la tierra. Se llama pobre el que desea los bienes de que carece, y plenamente rico el que no desea cosa alguna, sino que se contenta con su pobreza. De estos tales dice San Pablo: *Como pobres, pero que a muchos enriquecen*. Nada tienen y lo tienen todo los verdaderos amantes de Dios, porque, cuando les faltan los bienes terrenales, se complacen en repetir: *Jesús mío, tú solo me basta*, y quedan con ello plenamente satisfechos.

Los santos no sólo soportaron pacientemente su pobreza, sino que se despojaron de todo para vivir desprendidos y unidos solamente a Dios. Si carecemos de ánimo para renunciar a todos los bienes de la tierra, al menos contentémonos con el estado en que nos colocó el Señor, dirigiendo nuestra solicitud no a amontonar riquezas terrenas, sino las celestiales, que son eternas e inmensamente mayores, por ser eternas. Persuadámonos de lo que dice Santa Teresa:

«Mientras menos tuviéramos acá, más gozaremos en aquella eternidad».

Decía San Buenaventura que la abundancia de los bienes temporales es a manera de liga del alma, que impide volar hacia Dios; al paso que San Juan Clímaco afirmaba que «la pobreza es el más apropiado camino para dirigirse a Dios sin tropiezo». El mismo Redentor llamaba *bienaventurados (a) los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*. A las demás bienaventuranzas, a los mansos y a los limpios de corazón, les prometió el cielo en el futuro; empero a los pobres se les promete el cielo, esto es, el gozo celestial, aun en esta vida: *de ellos es el reino de los cielos*; sí, porque aun en esta vida los pobres disfrutan de anticipado paraíso. Entiéndese aquí por *pobres en el espíritu* no sólo quienes carecen de riquezas terrenas, sino más bien los que no las desean, viviendo contentos al tener lo suficiente para alimentarse y vestirse, como nos exhorta el Apóstol: *Y como tengamos alimentos y abrigos, con eso nos contentaremos*. «¡Dichosa pobreza —exclamaba San Lorenzo Justiniano—, que nada posee y nada teme! Siempre está alegre y siempre vive en la abundancia, y cuantas incomodidades sufre las pone todas al servicio del alma». San Bernardo decía que «el avaro tiene sed de lo terreno, como el mendigo, mientras que el pobre lo desprecia todo, como dueño y señor».

Cierto día dijo Jesucristo a la Beata Angela de Foligno: «Si no fuese la pobreza un gran bien, no la habría yo elegido para mí ni la hubiera dejado en herencia a mis elegidos». En efecto, los santos amaron tanto la pobreza porque consideraron a Jesucristo pobre. Dice San Pablo que el deseo de hacerse ricos es lazo del demonio, con el que ha logrado la perdi-

ción de no pocos hombres: *Los que pretenden ser ricos caen en la tentación y en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas, las cuales hunden a los hombres en el abismo de la ruina y de la perdición.* ¡Infelices quienes por los míseros bienes de este mundo pierden el bien infinito, que es Dios!

Sobrada razón rubo San Basilio, mártir, cuando el emperador Licinio le propuso, si renegaba de Cristo, hacerlo príncipe de sus sacerdotes, a lo que el Santo respondió: «Decid al emperador que, aun cuando me diera todo su imperio, no me daría tanto cuanto me quitaría haciéndome perder a Dios». Dios, pues, nos debe bastar y los bienes que nos da; regocijémonos, pues, cuando nos veamos pobres y faltos de lo que deseáramos tener y no tenemos, que en esto está el mérito. «No es reputada la pobreza por virtud –decía San Bernardo–, sino el amor de la pobreza». Pobres hay muchos, mas por cuanto no se abrazan con la pobreza, nada merecen; de ahí que dijese San Bernardo que la virtud de la pobreza no consiste en ser pobre, sino en amar la pobreza.

Este amor a la pobreza han de tenerlo, sobre todo, las personas religiosas que la profesaron. Muchos religiosos, continúa San Bernardo, «quieren ser pobres, pero sin que les falta nada». Estos tales, añade San Francisco de Sales, «quieren los honores de la pobreza, pero no sus incomodidades», pudiéndoles aplicar lo que la Beata Salomé, clarisa, solía decir: «Será objeto de burla para los ángeles y los hombres la religiosa que pretenda ser pobre y se queje cuando le falte algo». No obran así las religiosas edificantes, sino que aman su pobreza más que cualquier otro bien. La hija del emperador Maximiliano II, clarisa descalza, llamada sor Margarita de la Cruz, compareciendo

ante el archiduque Alberto, su hermano, con hábito remendado, vió que éste se admiraba, como de cosa impropia de su nobleza, por lo que acudió ella: «Hermano mío, has de saber que me hallo más contenta con este andrajó que todos los monarcas con sus púrpuras». Santa María Magdalena de Pazzi decía: «¡Dichosos los religiosos que, desprendidos de todo, mediante la santa pobreza, pueden en verdad decir: *El Señor es la parte de mi herencia y todo mi bien*. Santa Teresa después de haber recibido varias limosnas de un mercader mandóle decir que su nombre estaba escrito en el libro de la vida, y le dió por prenda de ello la pérdida de sus bienes terrenos; el mercader cayó, efectivamente, de su grandeza y vivió pobre hasta la muerte. Decía San Luis Gonzaga que no hay señal más cierta de pertenecer uno al número de los elegidos que verle temeroso de Dios y probado al mismo tiempo con trabajos y desolaciones en este mundo.

En alguna manera entra también en la virtud de la pobreza verse privado en esta vida de parientes y amigos, y también en esto hay que ejercitar la paciencia. Algunos hay que, al perder un pariente o un amigo, pierden la tranquilidad, enciérranse a llorar en su casa y, dándose a la tristeza, se tornan de tal modo impacientes, que se hacen inaguantables. ¿Queréis saber a quién dan gusto estos tales con tanto derramar lágrimas y afligirse tan amargamente? ¿A Dios? A Dios no, porque Dios quiere que nos conformemos con su voluntad. ¿Al alma cuya perdida se llora? Tampoco, porque si está en el infierno, nos aborrece a nosotros y a nuestras lágrimas; si está en el cielo, quiere que deis gracias a Dios por ella, y si en el purgatorio está deseando que las socorráis con vuestras oraciones y os conforméis con la voluntad divina

y os santifiquéis, a fin de reuniros un día con ella en el paraíso. Por eso, ¿de qué vale tanto llorar? El venerable P. José Caracciolo, teatino, cuando se le murió un hermano, hallándose rodeado de los parientes, que no cesaban de llorar, les dijo: «¡Ea!, dejemos estas lágrimas para algo más provechoso, para llorar la muerte de Jesucristo, que era nuestro padre, nuestro hermano y nuestro esposo, y murió por amor nuestro». En semejantes ocasiones obremos como el santo Job, quien, al oír la noticia de que se habían muerto los hijos, exclamó, conforme del todo con la voluntad de Dios: *i Yahveh lo dió y Yahveh lo ha quitado!* Dios me dió estos hijos y Dios me los quitó: *El nombre de Yahveh sea bendito.* Todo cuanto acaba de acontecerme ha sido del agrado divino, por eso lo es también del mío, por lo que siempre lo bendeciré.

En tercer lugar, habemos de ejercitar la paciencia y demostrar nuestro amor a Dios, sufriendo con paz y alegría los desprecios que de los hombres recibimos.

### III. De la paciencia en los desprecios

Cuando el alma se consagra del todo a Dios, suele Dios hacer o permitir que sea perseguida o vilipendiada. Cierta vez apareció un ángel al Beato Enrique Susón y le dijo: «Enrique, hasta ahora te mortificaste a tu gusto, ahora te mortificarás a gusto de los demás». Mirando al día siguiente por una ventana, vió a un perro que andaba destrozando un trapo y oyó una voz que decía: «Así será hecha jirones tu reputación por boca de los hombres»; Enrique bajó entonces y recogió los jirones, que conservó para consuelo suyo cuando llegaran los días de los trabajos que se le predecían.

Los baldones e injurias son las delicias que anhelan los santos. San Felipe Neri padeció en casa de San Jerónimo, en Roma, treinta años de malos tratamientos que algunos le dirigían, razón por la cual no quería abandonarla e ir al nuevo oratorio de la *Chiesa Nuova*, por él fundado, en que vivían sus queridos hijos, que le invitaban a retirarse allí con ellos, hasta que el Papa se lo ordenó con mandamiento formal. San Juan de la Cruz, obligado a mudar de aires debido a la enfermedad que lo llevó a la tumba, en vez de escoger monasterio cómodo y gobernado por un superior que lo estimaba mucho, eligió uno pobre que tenía por superior un adversario suyo, que por mucho tiempo, casi hasta el fin de la vida, lo maltrató y vilipendió de diversas maneras, llegando a prohibir a los religiosos fuesen a visitarlo. En esto ponían su placer los santos, en andar a la búsqueda de vilipendios. Santa Teresa escribió esta memorable máxima: «En esta casa y aun toda persona que quisiere ser perfecta, huya mil leguas de «razón tuve», «hicieronme sinrazón», «no tuvo razón quien esto hizo conmigo»; de malas razones nos libre Dios. ¿Parece que había razón para que nuestro buen Jesús sufriese tantas injurias, y se las hiciese, y tantas sinrazones? La que no quisiere llevar cruz, sino la que le dieren muy puesta en razón, no sé yo para qué está en el monasterio; tórnese al mundo, adonde aun no le guardarán esas razones». Célebre fue la respuesta del Crucifijo al mártir San Pedro, que se lamentaba de que con tamaña sinrazón se le encarcelaba, sin haber hecho mal alguno: «Y yo, ¿qué mal hice, preguntóle el Señor, para verme crucificado y muriendo por los hombres?

¡Oh cómo se consuelan los santos, cuando son in-

juriados, recordando las ignominias que padeció Jesucristo por nosotros! Interrogado San Eleázaro por su esposa cómo podía tolerar tan pacientemente cuantas injurias le dirigían hasta sus mismos criados, respondió: «Póngome a considerar los desprecios de Jesús, y veo que, comparados los míos con los suyos, son nonada, y así Dios me da fortaleza para sobrellevarlos tranquilamente». En suma, las afrontas, la pobreza, los dolores y el resto de las tribulaciones que caen sobre el alma que no ama a Dios, le son ocasión para apartarse más de El; pero, cuando caen sobre un alma que ama a Dios, son vínculo que más estrechamente la obligan a unirse con El y amarlo cada vez más. *Grandes aguas no podrían apagar el amor.* Los trabajos, aun cuando sean muchos y graves, no sólo no extinguen, sino que aumentan las llamas de la caridad en el corazón que no ama más que a Dios.

Mas ¿por qué nos carga Dios con tantas cruces y se complace en vernos atribulados, vilipendiados, perseguidos y maltratados por el mundo? ¿Es acaso un tirano, de condición tan cruel que se complazca en vernos padecer? No; ni es tirano Dios ni de cruel condición, sino todo piedad y amor hacia nosotros; baste sólo pensar que nos amó hasta morir por nosotros. Sí que se complace en vernos padecer, pero por nuestro bien, para que, padeciendo en esta vida, nos veamos libres de padecer en la otra por las deudas que hemos contraído con la divina justicia; se complace porque quiere desasirnos de los placeres sensibles de este mundo, como la madre, que, cuando quiere destetar al niño, pone acíbar en el pecho para que le cobre aborrecimiento; se complace porque, sufriendo con paciencia y resignación, le damos alguna prueba de nuestro amor; y se complace, finalmen-

te, porque con el padecimiento conquistamos mayor gloria para el paraíso. He aquí los fines, todos de compasión y de amor, por los que el Señor se complace en vernos padecer.

Concluyamos este capítulo. Para ejercitar bien la santa paciencia en todo género de tribulaciones que nos acometan, es menester convencernos de que todos los trabajos nos vienen de la mano de Dios, o bien directa o indirectamente por medio de los hombres. Por tanto, cuando nos veamos atrabilados, agradezcámóselo al Señor y aceptemos con alegría de ánimo cuanto El se sirva disponer para nuestro bien. *Dios coordena toda su acción al bien de los que le aman.* Además, cuando nos aflija cualquier trabajo, recordémonos del infierno que merecimos un día, ya que toda penalidad, comparada con las del infierno, será siempre infinitamente menor. Mas para sufrir con paciencia todo género de dolores, baldones y contrariedades, sobre todas las consideraciones, está la oración, con que alcanzaremos la ayuda y socorro divino que suplirá nuestra flaqueza. Así hicieron los santos, poniéndose en manos de Dios para superar toda suerte de persecuciones y tormentos.

### Afectos y súplicas

Señor, estoy firmemente persuadido de que sin padecer y sufrir con paciencia no lograré conquistar la corona del paraíso. David decía: *De él viene mi esperanza.* Lo mismo digo yo: de vos me ha de venir la paciencia en el padecer. Me propongo aceptar con paz todas las tribulaciones, y, cuando subrevienen, me contristo y desaliento; y si algo sufro, súfrolo sin

merecimiento, sin amor, porque no sé sufrirlo por agradaros. Por favor, pues, Jesús mío, y por los merecimientos de vuestra paciencia al sufrir tantas penalidades por amor mío, concededme la gracia de sufrirlo todo por amor vuestro.

Os amo con todo mi corazón, querido Redentor mío; os amo, sumo bien mío; os amo, amor mío, digno de infinito amor.

Me arrepiento sobre todo otro mal de cuantos disgustos os he proporcionado.

Os prometo aceptar resignadamente cuantos trabajos os dignéis enviarme, pero de vos espero el socorro para cumplir con esta resolución, especialmente para sufrir con paz los dolores de mi agonía y muerte.

Reina mía, María, alcanzadme verdadera resignación en cuanto me reste que sufrir en la vida y en la muerte.

## CAPITULO XV

### QUIEN AMA A JESUCRISTO, CREE CUANTO EL HA DICHO

*Caritas omnia crèdit.*  
La caridad todo lo cree.

El amante da crédito a cuanto dice el amado; de ahí que cuanto mayor sea el amor del alma a Jesucristo, tanto mayor y más firme sea su fe. El buen ladrón, al ver a nuestro Redentor muriendo en cruz, sin haber hecho nada malo, y padeciendo con tanta paciencia, comenzó a amarlo, y luego, cautivo de tal amor e iluminado de divinas luces, creyó que era verdaderamente el Hijo de Dios, acabando por rogarle se acordara de él cuando estuviera en su reino.

La fe es el fundamento de la caridad, sobre la que se funda; pero la caridad es la que perfecciona la fe; aquel cree con más firme y viva fe que con más intenso amor ama a Dios. La caridad hace que el hombre crea, no sólo con el entendimiento, sino también con la voluntad; hay muchos que creen con sólo el entendimiento y no con la voluntad, como los pecadores, que tienen por muy ciertas las verdades de la fe y a vuelta de ello se niegan a vivir conforme a los divinos mandamientos; estos tales están muy débiles en la fe; si la tuvieran viva, creyendo que la divina gracia es el mayor de todos los bienes y que el pecado es el

mayor de todos los males, en cuanto que priva de la divina gracia, ciertamente mudarían de vida. Y si prefieren los bienes de esta vida terrena al mismo Dios, es señal de que o no creen o creen con fe muy amortiguada. Quien, por el contrario, cree, no sólo con el entendimiento, sino también con la voluntad, de suerte que no sólo cree, sino que cree con gusto y gózase en ello, por el amor que tiene a Dios, éste cree con perfección y se afana por conformar su vida con las verdades que cree.

La falta de fe en quienes viven en pecado no nace de la obscuridad de la fe, porque, si bien las verdades que enseña son, por voluntad de Dios, obscuras para nosotros e impenetrables, a fin de que en el creer tuviéramos mérito, sin embargo, las verdades de la fe se manifiestan con tales señales y de tal manera brillan a nuestros ojos, que el no prestar asentimiento a ellas no sólo sería imprudencia, sino también impiedad y locura. La debilidad de la fe de algunos trae su origen de sus corrompidas costumbres. Quien tiene en poco la amistad de Dios y la desprecia por no privarse de los placeres vedados, quisiera que no hubiese ley que los prohibiera ni castigo para el pecador, y por esto procura apartar la vista de las verdades eternas, de la muerte, del juicio, del infierno y de la justicia divina; y como tales verdades les espantan y emponzoñan amargamente sus deleites, ponen en tortura su cabeza para buscar argumentos, al menos aparentes, con el fin de persuadirse y quererse convencer de que no existen ni alma, ni Dios, ni infierno, para poder vivir y morir como las bestias, que carecen de ley y de razón.

De esta misma fuente, esto es, de las relajadas costumbres, brotaron, y cada día están brotando, tantos

libros y sistemas impíos: el materialismo, indiferentismo, deísmo, naturalismo, ateísmo, antiprovidencialismo, sosteniendo que Dios, una vez creado el hombre, no se preocupa de él, le ame o le ofenda, se salve o se condene; otros hay que niegan la bondad divina, defendiendo que Dios creó muchas almas para condenarlas, induciéndolas al pecado para que se condenen y vayan a maldecirlo por siempre al fuego eterno.

¡Oh ingratitud y perversidad de los hombres! Dios los crió por su infinita misericordia para hacerlos eternamente felices en el cielo; los iluminó con tantas luces de lo alto, los colmó de beneficios y de gracias para que pudieran alcanzar la eterna bienaventuranza; con este mismo fin los redimió a puros dolores y con tanto amor, y ellos se esfuerzan en negarlo todo, para vivir a su antojo y encenagados en los vicios. Pero no, que, por mucho que se fatiguen estos desgraciados, no podrán librarse del remordimiento de su mala conciencia ni del temor de la justicia divina.

Sobre este mismo asunto publiqué no hace mucho una obra, titulada *La verdad de la fe*, en la que probé con claridad el poco fundamento de todos los sistemas de estos incrédulos modernos. ¡Oh si renunciasen a sus vicios y se diesen al amor de Jesucristo, entonces ya no pondrían en tela de juicio las verdades de la fe y creerían firmemente todas la verdades reveladas por Dios!

Quien ama a Jesucristo de todo corazón tiene siempre ante los ojos la consideración de las máximas eternas y conforme a ellas dirige sus acciones. Quien ama a Jesucristo, icuán bien comprende el dicho del Sabio: *Vanidad de vanidades, todo es vanidad!*; que todas las grandezas terrenas son humo,

engaño y podredumbre; que el único bien y la felicidad del alma consiste en amar a su Creador y cumplir su voluntad; que tanto somos cuanto somos ante Dios; que de poco vale ganar todo el mundo si se pierde el alma; que todos los bienes terrenos no pueden satisfacer plenamente el corazón humano, sino sólo Dios; en una palabra, que hay que dejarlo todo para ganarlo todo.

*La caridad todo lo cree.* Cristianos hay que no son tan perversos como los acabamos de citar, que quisieran no creer en nada para darse con más desenfreno a los vicios y sin género alguno de remordimientos; otros, repito, creen, pero su fe es lánguida; creen en los sagrados misterios, creen las verdades reveladas en el Evangelio, la Trinidad, la redención, los sacramentos y demás, pero no las creen todas. Jesucristo dijo: *Bienaventurados los pobres; Bienaventurados los que están afligidos; Bienaventurados los que se mortifican; Bienaventurados los que son perseguidos, murmurados y maldecidos por los hombres.* Así habla Jesucristo en el Evangelio. Y ¿cómo podrá decirse que creen el Evangelio quienes dicen: Bienaventurados los que tienen dinero, bienaventurados los que no sufren, bienaventurados los que se divierten, desgraciados los que son perseguidos y maltratados por los demás hombres? De éstos hay que decir que o no creen en el Evangelio o que creen sólo en parte. Quien cree por completo en el Evangelio, estima como honra y merced de Dios en la tierra ser pobre, estar enfermo, vivir mortificado, despreciado y maltratado por los hombres. Así cree y así dice quien cree cuanto se dice en el Evangelio y ama de corazón a Jesucristo.

## Afectos y súplicas

Amado Redentor mío, vida del alma mía, creo que sois el único bien digno de ser amado. Creo que sois el mayor amador de mi alma, pues vos sólo por mi amor habéis muerto acabado de dolores. Creo que en esta vida y en la otra no puede caberme en suerte mejor fortuna que amaros y cumplir vuestra voluntad. Todo lo creo firmemente, y por eso renuncio a todo para entregarme totalmente a vos y no desear nada más que a vos. Por los méritos de vuestra pasión, ayudadme y hacedme ser lo que deseáis que sea.

iOh verdad infalible!, en vos creo; ioh misericordia infinita!, en vos confío; ioh infinita bondad!, os amo; a vos me entrego sin reserva, amor infinito, ya que os habéis dado todo a mí en vuestra pasión y en el Sacramento del altar.

A vos me encomiendo, Madre de Dios, María, y refugio de pecadores.

## CAPITULO XVI

### QUIEN AMA A JESUCRISTO, TODO LO ESPERA DE EL

*Caritas omnia sperat.*

La caridad todo lo  
espera.

La esperanza hace crecer la caridad y ésta hace aumentar la esperanza. Esperar en la bondad divina, ciertamente acrecienta el amor a Jesucristo, y es sentencia de Santo Tomás que, desde el punto en que esperamos algún bien de otro, comenzamos ya a amarlo. Por esto no quiere el Salvador que pongamos nuestra confianza en las criaturas: *No pongáis la esperanza en los principes*; y hasta maldice a quien confía en las criaturas: *Maldito el hombre que confía en el hombre*. No quiere Dios que confiemos en las criaturas, porque no quiere que pongamos en ellas nuestro amor. San Vicente de Paúl decía: «Estemos sobre aviso para no fundarnos sobre la protección de los hombres, porque, cuando el Señor ve que nos apoyamos en ella, se aparta de nosotros. Por el contrario, cuanto más confiemos en Dios, tanto más adelantaremos en su amor». *De tus mandatos correré en la senda al ensancharme tú el corazón*. Y icuán veloz corre por los caminos de la perfección quien tiene el corazón dilatado por la confianza en Dios! No sólo corre, sino que vuela, porque, teniendo

puesta toda su confianza en el Señor, dejará de ser débil como antes y llegará a ser fuerte, con la fortaleza que Dios comunica a quienes en El confían. *Los que esperan en Yahveh renuevan las fuerzas, remontan el vuelo como águilas, corren y no se fatigan, andan y no se cansan.* El águila, cuanto más alto vuela, más se aproxima al sol; e igual el alma, que cuanto más se apoya en la confianza en Dios, más se desprende de la tierra y más se une a El por el amor.

Ahora bien, así como la esperanza contribuye a aumentar el amor a Dios, también recíprocamente éste aumenta la esperanza, porque la caridad nos torna hijos adoptivos de Dios. En el orden de la naturaleza somos hechura de sus manos, y en el orden sobrenatural venimos a ser, por los méritos de Jesucristo, hijos adoptivos de Dios y participantes de la naturaleza divina, como se expresa San Pedro: *Para que... os hagáis participantes de la divina naturaleza.* Y si la caridad nos hace hijos de Dios, nos hace también herederos del paraíso, como habla San Pablo: *Y si hijos, también herederos;* pues es propio que los hijos habiten la casa del padre, que los herederos perciban la herencia, razón por la cual la caridad aumenta la esperanza del paraíso. De aquí que las almas amantes no cesen de repetir: *Venga, venga el tu reino.*

Por otra parte, Dios ama a quien le ama y colma de gracias a quien con amor le busca. Por lo que, en consecuencia, quien más ama a Dios, más espera en su bondad. Y de esta esperanza nace en los santos aquella inalterable tranquilidad que les conserva en perpetua alegría y paz aun en medio de las adversidades; porque, amando a Jesucristo y sabiendo cuán largo es y liberal de sus dones con los que le aman,

confían en El y sólo en El hallan reposo. Por esta razón precisamente la esposa de los Cantares rebosaba en delicias, porque, al no amar más que a su amado, sólo en El descansaba; y sabiendo lo agradecido que es con quien le ama, no cabía en sí de gozo, por lo que de ella se escribió: *¿Quién es esa que sube del desierto apoyada en su amado?* Razón tenía el Sabio al decir: *Viniéronme los bienes a una todos con ella*, porque con la caridad vienen al alma toda suerte de bienes.

El objeto primario de la esperanza cristiana es la posesión de Dios en el cielo. Y no creamos que la posesión de Dios en el paraíso sea obstáculo a la caridad, porque la esperanza del paraíso está unida inseparablemente a la caridad, la cual en el cielo llega a su cabal perfeccionamiento. La caridad es aquel tesoro infinito que, como dice el Sabio, nos hace amigos de Dios. El angélico Santo Tomás escribe que la amistad tiene por fundamento la comunicación de bienes, porque, no siendo la amistad más que un amor recíproco entre los amigos, es necesario que entre ellos se establezca la comunicación de bienes, como a cada uno conviene. Por eso decía el Santo: *Si no hay comunicación alguna, tampoco habrá amistad*; y por eso también dijo Jesús a sus discípulos: *A vosotros os he llamado amigos, pues todas las cosas que de mi Padre oí os las di a conocer* Porque había hecho a los apóstoles amigos suyos, por eso les había comunicado todos sus secretos.

Dice San Francisco de Sales: «Suponiendo, por un imposible, que hubiese una bondad infinita, es decir, un Dios del cual no tuviésemos dependencia alguna ni con el cual pudiéramos tener unión ni comunicación de ningún género, ciertamente que la habíamos

de tener en mayor aprecio y estima que a nosotros mismo y nos inclinaría a amarle; pero en hecho de verdad no le amariamos, porque el amor pide unión; la caridad, en efecto, es amistad, y la amistad tiene por fundamente la comunicación y por fin la unión». Por tanto, enseña Santo tomás que la caridad no excluye el deseo de alcanzar las mercedes que Dios en el cielo nos tiene preparadas, sino que las hace considerar como el objeto principal de nuestro amor, que es el mismo Dios, que se deja ver y gozar de sus escogidos; porque es propio de la amistad que el amigo disfrute con el bien de su amigo.

Esta es aquella mutua comunicación de dones de la que hablaba la esposa de los Cantares: *Mi amado es mío y suya yo*. El alma se da del todo a Dios en el cielo, y Dios se da del todo al alma, en cuanto ella es capaz y conforme a la medida de sus merecimientos. Mas, conociendo el alma su pura nada, comparada con la infinita amabilidad de Dios, y viendo, por consiguiente, que merece infinitamente más ser amado de ella que ella merece serlo de Dios, desea más lo que Dios quiere que su satisfacción propia, y por eso más se goza en darse toda a Dios para complacerle que en darse Dios todo a ella; y en tanto se complace que Dios se dé todo a ella, en cuanto que, inflamada con esa comunicación, se da toda a Dios con más intenso amor. Goza ya de la gloria que Dios le comunica, pero su disfrute está en devolverlo todo a Dios, contribuyendo así, en cuanto en su mano está, a aumentarle su gloria. Viendo el alma a Dios en el cielo, no puede menos de amarlo con todas sus fuerzas. Dios, por su parte, no puede aborrecer a quien le ama; y si, por un imposible, pudiera El aborrecer el alma que le ama, y el alma bienaventurada pudiera

vivir en el cielo sin amar a Dios, más presto se contentaría con padecer todas las penas del infierno, con tal de que le fuera dada licencia de amarlo, aun odiándola El, que con vivir sin amarle aun disfrutando todas las delicias del paraíso. Sí, porque, teniendo el alma cabal conocimiento de que Dios merece ser amado infinitamente más que ella, desea mucho más amar a Dios que ser amada de El.

*La caridad todo lo espera.* La esperanza cristiana, como la define Santo Tomás con el Maestro de las Sentencias, «es una expectación cierta de la eterna bienaventuranza». La certidumbre nace de la infalible promesa de Dios de otorgar la vida eterna a sus fieles servidores. Pues bien, la caridad, así como quita el pecado, quita también los estorbos que impiden la consecución de la bienaventuranza eterna; y de ahí que cuanto más encendida sea la caridad, más firme y segura torne a nuestra esperanza, la cual, por el contrario, no puede ser obstáculo a la pureza del amor, puesto que el amor, como enseña San Dionisio Areopagita, por su naturaleza tiende a la unión con el objeto amado, o, como dice San Agustín, «es a manera de cadena de oro que une entre sí a los amantes». Y como quiera que esta unión no pueda realizarse a distancia, por eso, el que ama desea estar siempre junto al amado. Alejada la sagrada esposa de su amado, desfallecía y conjuraba a sus compañeras que le diesen a entender su pena, para que con su presencia fuese a consolarla: *Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, si halláis a mi amado, ¿qué le habéis de anunciar? Que estoy enferma de amor.* El alma que ama mucho a Jesucristo no puede vivir en la tierra sin desear y esperar ir pronto al cielo a unirse con su amado Señor.

De ahí que el desear ir a ver a Dios en el cielo, no tanto por el gozo que experimentaremos amándole, cuanto por el contento que amándole le daremos, sea un acto puro y perfecto de amor. Ni el gozo que experimentan los bienaventurados amando a Dios en el cielo es contrario a la pureza de su amor, porque tal gozo es inseparable de la caridad; y también más se complacen los santos del cielo en el amor que profesan a Dios que en el placer que experimentan amándole. Dirá tal vez alguno: «Desear mercedes es amor de concupiscencia y no de amistad». Pero distingamos las mercedes temporales que prometen los hombres y las celestiales que tiene Dios prometidas a quienes le aman. En las que dan los hombres, distingúense la persona de la cosa que da, porque, cuando un hombre da a otro una recompensa, no se da así, sino solamente sus bienes, en tanto que la principal merced que da Dios a los elegidos es a sí mismo: *Tu soldada será sobremanera grande*. Por donde desear el paraíso es igual que desear a Dios, que es nuestro último fin.

Quiero presentar aquí una duda que puede fácilmente asaltar al alma que ama a Dios y que en todo desea conformarse con su santa voluntad. Si por maravilla tuviera revelación de su condenación eterna, ¿estaría obligada a aceptarla para conformarse en un todo con la voluntad de Dios? «No –responde Santo Tomás–, pues consistiendo en ello cometería pecado, porque sería lo mismo que consentir vivir en un estado al cual va unido inseparablemente el pecado, y esto es opuesto al último fin que Dios le señaló, puesto que no crió almas para el infierno, donde le odien, sino para el cielo, donde le amen; de ahí que no quiera Dios la muerte del pecador, sino que se

convierta y se salve». Añade el santo Doctor que el Señor no quiere que nadie se condene sin pecado, y, «por tanto, consentir en la final reprobación no sería conformar su voluntad con la de Dios, sino estar sujeto al pecado». Empero, si Dios, previendo el pecado de alguien, hubiese contra él decretado la eterna condenación, y tal determinación le fuere revelada, ¿estaría obligado a conformarse con ella? «De ninguna manera –vuelve a insistir el Angélico en el citado lugar–, porque en esta revelación debiera considerar, no un decreto irrevocable, sino una amenaza y conminación, dado caso de continuar en pecado».

Pero apartemos de nuestra mente pensamientos tan sombríos, que no sirven más que para resfriar nuestra esperanza y nuestro amor. Amemos a Jesucristo cuanto podamos en este mundo; suspiremos a cada momento por verle en el paraíso para amarle allí con amor perfecto, y sea el principal objeto de nuestras esperanzas el subir al cielo para amarle allí con todas nuestras fuerzas. Cumplamos en esta vida con el precepto de amar a Dios con todo el ardor que nos sea dable: *Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza, y con toda tu mente*, aun cuando diga el Angélico que tal precepto no se pueda cumplir con toda su perfección en la tierra. Solamente Jesucristo, que fue Dios y hombre, y María Santísima, que estuvo llena de gracia, lo cumplieron perfectamente; nosotros, míseros hijos de Adán, heridos por el pecado, no podemos amar a Dios sin mezcla de imperfecciones, y sólo en el cielo, cuando le contemplaremos cara a cara, lo amaremos como necesariamente con todas nuestras fuerzas.

Este es, pues, el blanco hacia el cual hemos de diri-

gir todos nuestros deseos, todos nuestros suspiros, todos nuestros pensamientos y todas nuestras esperanzas: ir a ver y amar a Dios en el paraíso, para amarlo con todas nuestras fuerzas y gozar con el gozo del Señor. Sí, los bienaventurados disfrutan de su felicidad en aquel reino de delicias, mas su principal alegría, la que absorbe todas las demás alegrías, será conocer la felicidad infinita de que disfruta su amado Señor, pues aman a Dios inmensamente más que a sí mismos. Cada uno de ellos, por el amor que a Dios profesa, se tendría por dichoso de perder todas las delicias y contentos del paraíso y padecer todo género de tormentos a trueque de que a Dios no le faltara la más mínima partecica de la felicidad de que disfruta. Mas, como ven que es infinitamente feliz y que esta felicidad es eterna, esto forma todo su paraíso. Así se entiende lo que el Señor dice a toda alma que entra en posesión de su gloria: *Entra en el gozo de tu Señor.* Donde es de notar que no entra el gozo en el bienaventurado, sino que éste entra en el gozo de Dios, pues el gozo de Dios es el objeto del gozo del bienaventurado. De suerte que el bien de Dios será el bien del bienaventurado; las riquezas de Dios, sus riquezas, y suya, finalmente, la felicidad de Dios.

Tan luego como el alma entra en el cielo, con la luz de la gloria contempla sin velos la infinita belleza de Dios, sintiéndose de súbito presa y abismada en el amor divino. De ahí que el bienaventurado quede como perdido felizmente y sumergido en el infinito mar de inmensa bondad. Entonces se olvida de sí mismo y, embriagado en amor a Dios, no piensa más que en amarlo: *Sácianse de la hartura de tu casa.* Los ebrios no piensan en sí, e igual el alma embriagada en amor divino no piensa más que en amar y com-

placer al amado; desea poseerlo por completo; desea entregársele del todo por el amor a cada instante, y ya lo tiene alcanzado, porque en todo momento se entrega a Dios sin reserva y Dios la abraza con infinito amor, y así apretada la tendrá por toda la eternidad.

Así, pues, el alma en el cielo vive estrechamente unida con Dios y le ama con todas sus fuerzas, con amor consumado y perfecto, el cual, aunque limitado, porque el alma no es capaz de amor infinito, es, con todo, tal, que plena y cumplidamente la sacia, sin dejarle nada más que desear. Dios, por el contrario, se une del todo al alma, colmándola de sí mismo, según la capacidad de ella y merecimientos; y se une a ella no ya únicamente mediante sus dones, luces y amorosos atractivos, como hace con nosotros en la vida, sino mediante su divina esencia. Así como el fuego penetra el hierro y parece que todo lo convierte en sí mismo, de suerte que, si bien el alma no pierde su personalidad, no por eso deja de estar menos llena y abismada en aquel mar sin términos de la divina esencia, llegando al punto de quedar como anonadada y como si ya no fuese. Tal era la felicidad que el Apóstol pedía para sus discípulos: *Qué seáis colmados de toda plenitud de Dios.*

Este es el último fin que el Señor, en su bondad, nos tiene deparado en la otra vida; mientras que el alma no llegue a unirse con Dios en el cielo, que es donde se verifica la perfecta unión, no puede hallar en la tierra cumplido reposo. Ciento que los amadores de Jesucristo hallan su paz en conformarse con la divina voluntad, pero no pueden hallar en esta vida pleno descanso, porque esto sólo se alcanza cuando se logre el fin último, que es ver a Dios cara a cara y

ser como consumido en su santo amor. Mientras el alma no consiga este fin, estará siempre inquieta, gemiendo y llorando: *He aquí que en salvación se ha trocado la amargura.*

Sí, Dios mío, vivo en paz en este valle de lágrimas porque tal es vuestra voluntad, mas no puedo menos de probar una amargura inexplicable viéndome separado de vos y no unido todavía perfectamente con vos, que sois mi centro, mi todo y mi cumplido reposo.

Y aunque los santos ardían en este mundo en amor a Dios, con todo, siempre estaban suspirando por el paraíso. David exclamaba: *¡Ay de mí!, que en Mosoc soy peregrino. Saciar me he, al despertar, con tu figura.* Y San Pablo decía de sí: *Teniendo el deseo... de estar con Cristo.* San Francisco de Asís añadía: «Tan grande es el bien que espero, que se me trueca en dulzura todo tormento». Todos éstos eran actos de perfecta caridad. Enseña el Angélico que el grado más elevado de caridad a que puede llegar el alma en esta vida es desear ardientemente ir al cielo para unirse con Dios y gozar de El eternamente. Pero este disfrutar de Dios en el cielo, como hemos ya apuntado, no consiste tanto en recibir el alma el gozo que Dios le da, cuanto en gozar del gozo de Dios, a quien el alma ama más que a sí misma.

La mayor pena que en el purgatorio padecen las ánimas benditas es el deseo en que arden de poseer a Dios, que aun no poseen. Este tormento afligirá especialmente a las almas que tuvieron pocos deseos en la vida de ir al paraíso. Dice el cardenal Belarmino que hay en el purgatorio un lugar denominado *cárcel de honor*, donde hay almas que no padecen pena alguna de sentido, sino solamente el verse pri-

vadas de la vista de Dios. Cuéntanse de esto no pocos ejemplos en las vidas de San Gregorio, el Venerable San Beda, San Vicente Ferrer y Santa Brígida. Este género de tormentos se impone, no por los pecados cometidos, sino por la frialdad en desear el paraíso. Muchos aspiran a la perfección y, a vuelta de ello, son sobrado indiferentes en el deseo de ver a Dios o seguir viviendo en la tierra. Mas como la vida eterna es un bien tan grande que Jesucristo nos mereció con su muerte, justo es que un día castigue a estas almas que le desearon poco en la vida.

### Afectos y súplicas

¡Dios mío, Criador y Redentor mío!, me creasteis para el paraíso, me sacasteis del infierno para llevarme al cielo, y yo tantas veces os ofendí, renunciando con descaro al paraíso consintiendo ser condenado al infierno. Mas sea por siempre bendecida vuestra misericordia infinita, que, perdonándome, como lo espero, tantas otras veces, me libró de caer en el infierno. ¡Ojalá, Jesús mío, que no os hubiera nunca ofendido! ¡Ojalá que os hubiera siempre amado! Me consuela pensar que aun tengo tiempo de amaros.

Os amo, amor del alma mía, os amo con todo mi corazón y os amo más que a mí mismo.

Veo que me queréis salvar, para que os ame por toda la eternidad en el reino del amor. Os lo agradezco y os ruego que me asistáis en lo que me restare de vida, en que quiero amaros, para amaros en la otra por toda la eternidad.

Jesús mío, ¿cuándo llegará el día en que me vea libre del peligro de volveros a perder y en que, consu-

miéndome en vuestro amor, a vista de vuestra infinita belleza, me vea como obligado a amaros? ¡Oh dulce necesidad, oh feliz, oh amada y deseada necesidad, que me librará de todo temor de desagradaros y me forzará a amaros con todas mis fuerzas! ·

Mi conciencia me trae espantado, diciéndome:  
¿Cómo puedes tú pretender el paraíso? Mas vuestros  
méritos, carísimo Redentor mío, son mi esperanza.

¡Oh María, Reina del paraíso!, vuestra intercesión  
ante Dios es omnipotente; en vos confío.